

José M. GIMÉNEZ-AMAYA y Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN, *De la Neurociencia a la Neuroética. Narrativa científica y reflexión filosófica*, Pamplona: Eunsa («Astrolabio Ciencias»), 2010, 183 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-313-2670-8.

El presente libro es el fruto de un trabajo de investigación interdisciplinar llevado a cabo conjuntamente desde la neurociencia y la filosofía. Se trata, sin duda, de un libro novedoso, no sólo por ser la culminación de un trabajo de esta índole metodológica (tantas veces la auspiciada interdisciplinaridad se queda en las primeras etapas de la investigación), sino por el tema desarrollado. En efecto, nos encontramos ante una excelente introducción a una disciplina nueva –la Neuroética– que ha comenzado muy recientemente su singladura como una parte de la Neurociencia. De hecho la bibliografía sobre Neuroética es prácticamente inexistente en lengua castellana.

El método de exposición es principalmente narrativo. De manera concisa pero rigurosa se describen los principales hitos en el desarrollo de estas disciplinas. El primer capítulo se dedica a la descripción del origen histórico y del ulterior desarrollo de la Neurociencia hasta la actualidad. En los últimos años –sobre todo gracias a las técnicas de neuroimagen– esta disciplina ha alcanzado un estatuto científico privilegiado y, en la actualidad, ha venido a ser una instancia obligada para la autocomprensión filosófica del hombre. No en vano, la última década del siglo XX fue declarada la «Década del cerebro». La inversión de capital y recursos humanos en sofisticados programas de investigación hacía presagiar que la ampliación del conocimiento del cerebro humano daría un vuelco a los estudios acerca del hombre. El obrar humano hallaría en el funcionamiento del cerebro su explicación última:

la memoria y el aprendizaje, el conocimiento intelectual, las emociones, la libertad y la capacidad de decidir, etc. –tradicionalmente temas de estudio de la psicología y antropología filosófica– encontrarían mediante la Neurociencia una explicación científica «objetiva». En este contexto investigador surge la Neuroética como la explicación del fenómeno moral desde la Neurociencia. Sin embargo, a medida que avanzaba el conocimiento del funcionamiento cerebral se comenzaba a atisbar que a esta disciplina se le pedía demasiado. Las técnicas de neuroimagen han sido un instrumento altamente eficaz para diagnosticar enfermedades mentales y para conocer mejor los procesos neuronales. Pero al mismo tiempo se plantean unos interrogantes más fundamentales. Saber qué sucede en nuestro cerebro cuando pensamos ¿es suficiente saber qué es pensar o conocer?; ¿son los sentimientos únicamente respuestas cerebrales a estímulos ligados a la autoconservación?; identificar la zona cerebral donde se procesan los datos en orden a la toma de decisiones ¿explica realmente la acción libre? En definitiva, la actividad cerebral ¿es causa o más bien el efecto de la conducta de un agente racional y libre unido indisociablemente al cerebro? Estas preguntas son de índole netamente filosóficas, y las neurociencias no pueden dar una explicación última. De este modo, la necesidad de establecer un diálogo interdisciplinar con filósofos, sociólogos y científicos se hizo ya insoslayable.

En el segundo capítulo se aborda directamente la exposición de los temas y auto-

res de la Neuroética desde su fundación en la reunión de San Francisco del 2002. Por lo que se refiere a los temas de estudio cabe distinguir dos vertientes en la Neuroética. Por un lado, se trataría de determinar cuáles son los criterios éticos básicos de la investigación en neurociencias, puesto que –como toda actividad humana– es preciso contar con unas pautas que regulen la investigación en este campo. Se trataría así de configurar un código ético para la investigación neuroética: aquí se manifiesta de nuevo la necesidad de una discusión racional donde las distintas concepciones éticas deben ser escuchadas. Por otro lado y, de manera creciente, la investigación se detiene en examinar cómo influye la configuración cerebral en la conducta humana –en principio, libre–. Las posturas de los diversos autores se mueven desde aquellos que pretenden reducir toda la argumentación a un nivel científico experimental (como P. Churchland o N. Levy) hasta aquellos que admiten un discurso más amplio que el puramente materialista o biologicista (como T. Fuchs). Como consecuencia de la exposición se acaba reconociendo que la investigación científica del cerebro carece de una explicación última de los fenómenos humanos, principalmente el de la libertad.

Por esta razón, en el tercer y último capítulo, se desemboca de modo natural en esas cuestiones de fondo que se encuentran más allá de la Neurociencia –y en cierto sentido en su base–. En primer lugar, se preguntan los autores del libro por los fundamentos metodológicos de la ciencia experimental: después de exponer los principios metodológicos, se concluye que el tema de la verdad –noción con la que todo científico trabaja como presupuesto– no puede ser abordado desde el

mismo plano empírico-experimental, como ha puesto en evidencia la crisis de la racionalidad científica pos-moderna. En segundo lugar, se abordan las relaciones de la ciencia con la historia y la tradición. La optimista creencia en el progreso indefinido ha entrado en crisis en la época postmoderna, y esto necesariamente afecta a la actividad científica. En última instancia cabe preguntarse por los presupuestos pre-científicos que han hecho posible el surgimiento de la ciencia experimental, así como la articulación entre teoría y praxis científica, cuestiones que por su propia naturaleza exceden el ámbito de las ciencias experimentales. Finalmente, en este capítulo se abre el debate sobre la dignidad humana y el humanismo. La Neuroética no puede prescindir de una concepción del hombre: no cabe una ciencia que no se interroge acerca de la finalidad de la investigación. ¿Cómo es posible que la ciencia –para muchos el mejor exponente de poder del hombre sobre la naturaleza, y la mejor justificación del humanismo–, se haya vuelto trágicamente contra el hombre mismo, llegando a ser profundamente antihumanista. El libro se cierra con una perspectiva acerca del futuro de esta ciencia, donde se invoca de nuevo la necesidad del acercamiento interdisciplinar.

De la lectura de estas páginas se evidencia la competencia de los autores, así como la gran actualidad del tema, incluso en disciplinas afines, como el Derecho. La bibliografía complementaria constituye una ayuda imprescindible para aquellos estudiantes, profesores e investigadores en general que deseen adentrarse en este campo de estudio y discusión.

José Ángel GARCÍA CUADRADO